

EL ESPACIO PUBLICO EN MEDELLIN: ENTRE LA TECNOCRACIA Y LA DEPREDACION

POR: JAIME R. NIETO L.

Sociólogo, Politólogo

Profesor Universidad de Antioquia

Investigador Instituto Popular de Capacitación

Jaime Nieto nos permite ver el espacio público de la ciudad a través de los ojos de diferentes observadores, de un ciudadano solo y desprotegido, de un humanista que le señala al administrador público el deber ser de ese espacio y el de un turista indiferente; cuando termine de leerlo, usted entenderá muy bien porque es tan importante y cómo debería ser administrado este precioso bien: Nuestro espacio público.

LA PANORAMICA DE LA CIUDAD

Si hay algo que hoy por hoy caracteriza a Medellín desde el punto de vista de su condición como organismo social, es su ensimismamiento esclerótico. Una suerte de panel petrificado, sin los intercambios y sin la fluidez que caracterizan a todo organismo vivo.

Se trata de un fenómeno de reclusión más o menos generalizado de sus componentes, cuya sábila es el individualismo extremo y guerrero, que ha colocado a la ciudad en el umbral de la disolución y la anomia social generalizada. Un signo de la ruina social parecido al que José Luis Romero describe para las ciudades coloniales de enclave en América Latina luego de su esplendor económico.

El panorama que ofrece Medellín algunos días, que ya son más frecuentes, es más parecido al de una ciudad árabe del medioevo enclavada en el desierto, que aquel que alguna vez soñaron y planearon los tecnócratas de turno de la década de los años 60s.

Sin embargo, los signos de la ruina más que proceder de una situación de empobrecimiento, paradójicamente, parecen provenir del impacto del derrame de las muchas bonanzas sobre la ciudad. Bonanzas de diferente signo y procedencias que lejos de rearticular social y culturalmente las precariedades heredadas de la ciudad tradicional han terminado por extremarlas. Su impacto incontrolado desata el más radical y masivo consumismo entre las diferentes capas y grupos de la población, aún si tal consumismo se desarrolla de manera desigual y excluyente o en forma real o imaginaria, entre los diferentes grupos sociales de la ciudad.

La frustración individual y familiar, el resentimiento social y otras formas de la rabia impotente la sienten muchos medellinenses cuando, compelidos por las imágenes de los medios masivos de comunicación, sienten que de tal consumo sólo puede participar un fragmento de la sociedad. La consecuencia inmediata de la proliferación de los objetos de consumo es, en efecto, la fragmentación

individualista del cuerpo social, hay desde ahora consumo privado, retracción individualista automatización de los seres. "(Lipovetsky)".

A diferencia de las ciudades modernas del capitalismo tardío, los lazos sociales y los referentes tradicionales de identidad sociocultural que de alguna manera proveían a Medellín de cierta cohesión y comunicación sociales son abrupta y sistemáticamente subvertidos, para dar paso al individualismo extremo y ramplón.

Este repliegue de fuerzas individualizadas y corporativas desmorona imaginarios colectivos y desnuda, así mismo, la tremenda fragilidad del Estado para compensar la fragmentación social que el mercado y el consumismo vulgar moviliza bajo sus pies. La forma extrema de desarrollarse, vivirse, reproducirse e imaginarse esta individualización es la violencia.

Hanna Arendt ha dicho que la "rabia" es un sentimiento que nace cuando algunos estiman que sus condiciones - que podrían ser transformadas - no lo son, o cuando los dominadores utilizan la "hipocresía". Es probable que en la base muchas de las violencias que hoy se escenifican en la ciudad esté este sentimiento de rabia colectiva.

El repliegue individualizado de la vida urbana no es un síntoma positivo en sí mismo, sobre todo si con él no se produce una autoformación de proyectos colectivos y una autonomía plena del individuo que debe pasar por su reconocimiento en la trama socio-cultural o en la posibilidad de ser construida.

Los peor damnificados de esta dispersión anómala de las prácticas sociales, son el propio tejido social y el Estado entendido como encarnación o constructor de lo público social. A partir de la segunda mitad del siglo XX puede hablarse de un repliegue de la élite empresarial paísa a su esfera privada y en consecuencia de un abandono paulatino de la esfera pública, social o política, que otrora le caracterizará (Botero). Las clases dominantes locales se han preocupado más por gobernar que por liderar un proyecto ético y cultural de ciudad, fundado en la justicia social y la democracia.

Hoy por hoy es imposible pensar en términos de un proyecto colectivo y democrático de ciudad, sin afrontar las terribles desigualdades sociales en que se debate la ciudad sin una restitución física y simbólica del espacio público a sus ciudadanos.

La restitución del espacio público de Medellín presenta hoy por hoy la condición más importante para refundar un proyecto colectivo, democrático y legítimo. Sin espacio público no sólo se suprime una condición esencial de la vida ciudadana como es el estar y reconocerse con los otros, disfrutar del tiempo libre y del reposo, sentirse partícipe de la ciudad como entidad colectiva.

Sin espacio público, se cierra, además, la posibilidad para el ejercicio del derecho a la deliberación, a la construcción de consensos y disensos, en una palabra, a vivir y construir la democracia, si el ciudadano es el sujeto de la democracia, el espacio público es su nicho por antonomasia.

Sin embargo, como causa y efecto de la misma crisis, el espacio público de la ciudad ha sido quizás quien ha llevado la peor parte.

EL ESPACIO PUBLICO DEL CENTRO COMO NEGACIÓN

El espacio público es una dimensión específica del espacio urbano. Por definición se refiere a aquellos espacios urbanos que son de uso colectivo y no privado. Que sean de uso colectivo y no privado significa que están abiertos al uso de los particulares sin que les pertenezca a éstos en cuanto tales.

Su función es la de producir, articular o generar procesos colectivos de intercambio, identidad y diferenciación social, cultural, económica y política. La lógica que los gobierna es la del bienestar colectivo, de ahí que su apropiación se corresponda con este carácter.

Es verdad que el uso colectivo del espacio es de mayor espectro, sin embargo, el espacio público conserva el carácter de espacio de uso colectivo por excelencia. De hecho, nadie podría negar la importancia del espacio público como posibilidad para producir identidades y cohesión social, como posibilidad para la recreación de imaginarios colectivos, para el uso del tiempo libre y de la lúdica y como escenario por excelencia de la ciudad.

Para Medellín esta importancia es crucial. Sin embargo, su estado es deprimente. No sólo ha estado sujeto a la lógica privatizadora de los particulares, sino al

caos y la desidia ciudadana y del Estado. Virtualmente, Medellín se ha ido quedando sin espacio público y entre los ciudadanos es muy precaria aún una cultura ciudadana que lo valore y lo defienda en cuanto tal.

Desde la segunda postguerra, se impuso en las naciones como criterio básico de racionalidad social y económica la intervención reguladora del Estado sobre la economía y la sociedad. La urbanización creciente de las ciudades, sobre todo en la forma cotizada y anárquica de las ciudades del tercer mundo, demandaron la hora del urbanismo planificador más o menos

incorporado de manera generalizada en las políticas espaciales del Estado.

Desde entonces, la gestión estatal de la ciudad incorporó en su ámbito y bajo su responsabilidad la planeación urbana y los usos y la distribución del espacio urbano. El "zoning" y los planes Maestros o reguladores tuvieron como finalidad responder a estas demandas de diferenciación funcional y estandarizada del

espacio, con la urbanización acelerada de Medellín, y en general de las principales ciudades del país, se impone así mismo, la idea de un orden tecnocrático y político sobre éstas.

Sin embargo, la verdad es que más allá de la aparente función técnica de la planeación urbana, ha existido un propósito político de la misma, orientado a vaciar de todo contenido social, cultural y político el espacio público de la ciudad.

.....
**la verdad es que
 más allá de la
 aparente función
 técnica de la
 planeación urbana,
 ha existido un
 propósito político de
 la misma, orientado
 a vaciar de todo
 contenido social,
 cultural y político el
 espacio público de
 la ciudad.**

El centro de Medellín, como el espacio público por excelencia de toda ciudad, fue "asignado a la función de administración y gestión de la pura donación no sólo económica sino sobre todo política; y de paso, se dejó al ciudadano que no tenía más que ese título sin ningún espacio que lo identificara, que le diera escala y le brindara arraigo. Por esto, las calles no pudieron alcanzar a constituir un significado cotidiano, próximo, vital y poético para los transeúntes: Siempre cabía (cabe) la posibilidad de que el gendarme apoyado en sus armas, se aproximara ordenando: ¡circulen! ¡circulen!" (Viviescas).

La función de satisfacción de las necesidades colectivas de los ciudadanos definida taxativamente por la Ley Novena de Reforma Social Urbana, respecto del espacio público (prescripción oficiosamente incorporada en los planes ordenadores) queda completamente desprovista de todo contenido real de cara al panorama empobrecedor que ofrece la ciudad.

Los más recientes megaproyectos de organización y de redistribución del espacio público central son como "tanques de guerra" de un ejército de mercenarios que se implantan en la ciudad y alteran completamente la trama del paisaje urbano y desarticulan los precarios espacios de intercambio público del ciudadano que aún pervivían en el imaginario colectivo y en el sentido de identidad citadina.

Tales megaproyectos, concebidos y ejecutados a espaldas de la ciudadanía, como la construcción del Centro

Administrativo de la Alpujarra y la barrida del sector de Guayaquil y la plaza de Cisneros, la construcción de la avenida Jorge Elicer Gaitán y la más reciente y brutal por sus impactos: La ejecución de la obra del Tren Metropolitano, son obras de implantación carentes de articulación visual con el paisaje urbano tradicional y de ofertas vitales para el uso del espacio público.

Se trata de proyectos que además de no decirle nada al ciudadano, por sus propias características (el primero, un espacio delimitado y cerrado de uso gubernamental, y los otros dos, obras viales de circulación masiva y rápida de transporte), empobrecen el espacio público desde el punto de vista de su capacidad de recepción e intercambio sociales, y acentúan la tendencia a la expulsión del ciudadano del centro.

Expulsado del centro, el ciudadano ha terminado recluyéndose y confinado a llevar una vida fragmentaria en los barrios y unidades residenciales. El desarraigo que produce la repulsión del centro pretende compensarlo con individualismo del trabajo, la carrera o el consumismo compulsivo, el único mecanismo que le queda para "articularse" al espacio público.

Aparentemente el centro de Medellín es un hervidero vital. La imagen de una tal fluidez viene dada por el activo y tumultuoso devenir de las gentes por plazas y avenidas, salvando autos, subiendo escalas y atravesando puentes peatonales. Sin embargo, es más apariencia que realidad.

En la fluidez tumultuosa de gentes discurriendo por los espacios abiertos del centro y de las esquinas, no hay encuentros ni intercambios, no hay tramas socio-culturales, no hay lugar para el reposo y el devenir fluido del sosiego y la esperanza. Hay una disputa febril, a veces silenciosa, otras vocingleras, cuyo signo y frenesí identificatorios viene dado por el alocado consumismo y el activismo económico.

El espacio público del centro, empobrecido como escenario socio-cultural y político, no representa más que un espacio de cruce obligado para la producción y reproducción económicas. Un lugar para el "estar forzoso" de aquellos que excluidos por el modelo de acumulación capitalista recurren a las actividades informales del comercio y los servicios o a la delincuencia común, sometidos a la vigilancia, represión o chantaje de los cuerpos de "seguridad" del Estado.

Más que escenario de vida colectiva, el centro de la ciudad proyecta una imagen de "inseguridad" e "incertidumbre", que hace que el ciudadano voluntariamente renuncie a habitarlo y vivificarlo.

Gobernado por las lógicas privadas e individualizadas de la sociedad civil, abandonado a su propia suerte, el centro de la ciudad más que espacio público, es percibido y vivido por los ciudadanos como espacio "privado", como espacio de "todos" que equivale a decir tanto como "tierra de nadie".

"En qué se transforma la sociabilidad en esta ciudad?", se pregunta Lipovestky en una reflexión algo parecida a la nuestra, y responde: "Cuando se trata de encuentros masivos, como en el caso del metro, ella es vivida como promiscuidad. En otros casos, se convierte en una sociabilidad de

espectáculo y distracción: Uno va allí donde va todo el mundo y la multitud se transforma ella misma en acontecimiento. De todos modos, la ciudad tradicional dominada por el polo de público ha muerto: desde ahora, la ciudad ha sido entregada a la automatización y a las múltiples redes donde los individuos se reencuentran, aquí o allá, pero en función de sus trayectorias personales, de sus intereses, de sus motivaciones o de sus deseos".

PARA CONCLUIR

La crisis que hoy por hoy revela la ciudad de Medellín, demanda una reestructuración sustancial en todos sus órdenes de cara a la construcción de un proyecto de ciudad más democrática y con calidad de vida para sus ciudadanos.

Desde el punto de vista de la gestión política y espacial de la ciudad, se requiere adelantar estrategias tendientes a garantizar el ejercicio real de la participación ciudadana en todos aquellos asuntos de su competencia. Más allá de las disposiciones legislativas en esta materia, se requiere fundar una legitimidad basada en la participación activa y decisoria de la ciudadanía, en su presencia política con programas de inversión social, en programas y estrategias de desarrollo de largo plazo, etc.

El espacio público para el ciudadano debe ser restituido como uno de sus derechos fundamentales. Sin espacio público no hay arraigo, no hay posibilidades de socialización e integración socio-cultural, no hay sentido de identidad y pertenencia, no hay posibilidades para la lúdica, para el encuentro, para la diferencia y para el amor. Sin espacio público, igualmente, no hay posibilidades reales para la formación

y ejercicio de la voluntad política en la ciudad, nos vedamos al derecho a la esperanza de recomenzar de nuevo.

Esta demanda de la ciudadanía por el espacio público central y barrial debe traducirse en planes y estrategias concretas, las cuales deben ser definidas y efectuadas de manera concertada con la ciudadanía.

El centro de la ciudad requiere urgentemente una revitalización sustancial, empezando por sus zonas históricas de identidad colectiva y de encuentros (parque, plazas, pasajes, aceras), así mismo la construcción o habilitación de espacios abiertos que compensen la irreversible invasión del Tren Metropolitano y los efectos de otras obras que alteraron su paisaje urbanístico; adecuar calles, andenes y fachadas. Adecuar espacios abiertos con funciones lúdicas, de recreación esparcimiento o entretenimiento, a su interior, diferentes a la aglomeración de locales comerciales o de trabajo.

Es importante así mismo realizar una gran acción de concertación con los venteros ambulantes del centro de la ciudad y las organizaciones cívicas protectoras del espacio público de éste, a fin de garantizar un medio ambiente social y ecológico sano, sin que atente contra el derecho al trabajo de los primeros. De aquí pueden definirse programas de ornato, remodelación y amoblamiento del centro, así como reubicaciones de los venteros.

El centro de la ciudad es ciertamente uno de los sitios de la ciudad con mayores niveles de polución y contaminación.

Buena parte de ella proviene por el excesivo tránsito automotor, lo cual demanda estudiar propuestas tendientes a regular tanto las vías de acceso de éstos como su cantidad.

La crisis múltiple de Medellín revela que entre ciudad y política no ha habido encuentros sino descencuentros. Lo característico ha sido la presencia de un Estado precario y deslegitimado, incapaz no sólo de ofertar respuestas en el campo de la construcción social de la ciudad, si no también en el orden político, con autoridad suficiente para tramitar democráticamente los conflictos que la desgarran.

El rostro que de ordinario conocen los ciudadanos del Estado, especialmente en las comunas populares, es el de la violencia y la represión. Y de la élite política, el clientelismo y la corrupción.

En esta crisis, la posibilidad de acceso al espacio público, de manera abierta y democrática, podría constituirse en una forma de afrontarla. No es suficiente con diseñar el armazón institucional formal consecuente a la participación ciudadana, es necesario que tales mecanismos, además, revelen ser ciertos y eficaces para afrontar democráticamente la gestión de la ciudad, y que el

Estado asuma deliberadamente el resto de la reconstrucción del tejido social, a través de programas de inversión social y productiva. Pero además, es fundamental que la sociedad civil asuma el resto de reconstituirse y asuma su condición de actor social.

.....
La crisis múltiple de Medellín revela que entre ciudad y política no ha habido encuentros sino descencuentros.
